

## Formación en cultura ciudadana: la experiencia bogotana

*Antanas Mockus Sivickas*

Alcalde de Bogotá en los períodos  
1995-1997 y 2001-2003.  
Ex rector de la Universidad  
Nacional de Colombia.

A toda esa muy generosa presentación que han hecho de mí le añadiría “ciudadano imperfecto”. Muchas gracias. Saludo a los invitados, a las invitadas internacionales, a toda la comunidad educativa que por iniciativa del Ministerio de Educación se ha reunido para trabajar esta semana, tanto en estos dos días del foro como en los días de los talleres.

Mirando hacia atrás, lograr hacer lo que se hizo en Bogotá parece utópico, parece irreal, parece irrepetible. Si a mí mismo me hubieran contado 10 años atrás que íbamos a estar sacando este tipo de balances, yo me hubiera reído, hubiera dicho: me están pintando pajaritos en el aire. Sin embargo, la tarea está muy incompleta y depende muchísimo de lo que suceda en los próximos años.

Ésa es una tarea que puede quedar ahí como un mojón. Tal vez un caso medio trágico en Colombia es Cali. Cali fue una ciudad “capital del civismo”, de lejos. Tuvo un proceso lúndisimo de organización, de respeto a los paraderos de buses, donde el sistema educativo fue decisivo. Luego algo sucedió y Cali tiene una nostalgia terrible de sus años de alto civismo. El sistema de recreación de Cali fue durante muchos años el mejor del país. Entonces, cuidar el bebé Bogotá es una enorme corresponsabilidad, es todavía un bebé muy pequeño, muy imperfecto.

Lo que quiero demostrar, si es que se puede hablar de demostrar en estas cosas, o mostrar, insinuar, defender, es que las ciudades pueden formar ciudadanos deliberadamente. Pues también las ciudades forman ciudadanos, sin quererlo, sin darse cuenta, indirectamente. En el caso de Bogotá fue muy bonito, porque simultáneamente un candidato a la alcaldía propuso cultura ciudadana y en esos días se dio a luz un documento en la Cámara de Comer-



cio que decía “Bogotá necesita cultura ciudadana”, y, revisando todo claramente, ni yo me había copiado de ellos, ni ellos se habían copiado de mí; era un poco como la historia de las ciencias, la necesidad. Por distintos lados llegábamos a la misma conclusión: a Bogotá le hacía falta cultura ciudadana, entendiendo por eso respeto a los demás, respeto a las normas, mejor convivencia.

Lo segundo es que se asuman adecuadamente suficientes apuestas pedagógicas. En muchos sitios hay personas que vienen del sistema educativo y que les toca la maravillosa posibilidad de ser alcaldes, pero a veces uno guarda el educador como en un armario para sacarlo a la salida, y cree que esto es una labor poco conectada con la educación. No, es al revés; para que esto funcione se necesita decir: ésta es la oportunidad educativa de tu vida; nunca, ni antes ni después, podrás trabajar educativamente como cuando estás de alcalde.

Ahora, esas apuestas pedagógicas curiosamente se tienen que desdoblarse como en dos conjuntos bien heterogéneos. Uno, el que se puede planear, en el que los equipos de personal de la alcaldía, de docentes, etc., invierten meses dibujando sobre el papel, confrontando, contrastando, el plan de acción. El otro, las circunstancias inesperadas; el colapso de los túneles de Chingaza no estaba en nuestro plan, y dio lugar a una de las proezas educativas.

Entonces, no sólo es preparar acción educativa, más allá de las puertas y de los muros de la escuela, sino es también estar listos a disponer los recursos ante imprevistos, ante emergencias, ante situaciones extraordinarias como un ataque terrorista; una escasez de agua puede ser educativa. De algún modo, al hacer el balance, fueron esas respuestas imaginativas puntuales a situaciones de emergencia extrema las que mejor validaron el enfoque educativo.

Luego está todo el tema de vinculación. No basta que haya un alcalde y un equipo de 10 ó 15 personas trabajando en cultura ciudadana; se necesita que los distintos organismos de la propia ciudad y algunos organismos externos, algunos servidores públicos, ojalá muchos; algunos, ojalá muchos medios de comunicación; algunas instituciones educativas, ojalá muchas; algunas familias, ojalá muchas, le jueguen. Es un juego que cunde y que cuando cunde logra resultados. Igual, posiblemente hay 100 ideas de las cuales 5 ó 6 prosperan; también hay juegos que no cunden, y hay que estar preparado anímicamente a impulsar cosas y tener que reconocer que no funcionaron, que algo no fue entendido, o no fue atractivo o no era el momento.

Una de las paradojas de la gestión pública es que la sensibilidad al momento es clave, lo llamaremos el tema de la narrativa.

Lo último es que se conforme un público. Ese proceso educativo tiene que tener unos jueces, un poco lo que se ha intentado construir a nivel de



cada institución educativa, que haya personas que, sin estar en el día a día, estén allí aprovechando información, consiguiendo información para juzgar, con el riesgo de equivocarse. Salen unos padres en una reunión de éstas y dicen: “Hombre, sentimos que el colegio ha mejorado”. Ahí están ejerciendo una facultad ciudadana clave, que es juzgar. Es el punto de arranque a todo lo demás. Si el ciudadano no se otorga a sí mismo el derecho de juzgar, muchas de las otras cosas no pueden funcionar. Entonces, ¿cómo se estimula el juicio del ciudadano? Rendición de cuentas, participación del ciudadano en los mecanismos de gobierno que la sociedad ha ido construyendo para el sistema educativo.

¿Por qué surge en estos años cultura ciudadana? La nueva Constitución del 91 fue convocada bajo la idea de democracia participativa e incorporó una voluntad de construcción de ciudadanía; fue acompañada de labores muy intensas y por una ONG muy conocida en Colombia, que se llama Viva la Ciudadanía, cuyo fin era promover el concepto de ciudadanía, promover la identificación de los ciudadanos con la ciudadanía. Viva la Ciudadanía ayudaba a que mucha gente muy escéptica sobre la Constitución también propusiera ideas para la Constitución, y acompañó todos los primeros años de la Constitución y la sigue acompañando con cajas de herramientas, con instrumentos de interpretación de las herramientas jurídicas que da la Constitución para fortalecer los derechos.

Ayer el doctor Cepeda, hoy miembro de la Corte Constitucional, nos explicó la fuerza de los mecanismos que dio la Constitución para proteger derechos, en particular, la acción de tutela.

Mi entrada en el escenario fue muy curiosa y muy antipática. Estaba todo el mundo entusiasmado en derechos y dije: “No, deberes; cultura ciudadana es deberes, y está la igualdad de derechos, pero también está, en algún grado, en algún sentido, la igualdad de deberes. Había una lógica férrea ahí, es decir, si la gente no asume algunos deberes, pues asegurar los derechos se volverá un tema puramente estatal, y el Estado no tendrá la capacidad de responder como garante único exclusivo de los derechos. En cambio, si todo el mundo está cumpliendo sus deberes, más el Estado cumpliendo los propios deberes de Estado, eso sí puede producir resultados.

Mi primera formulación sobre la cultura del atajo, tal vez porque soy un atajista de miedo, fue muy cauta; yo no dije “cuidado con el atajismo”, dije “cuidado con los excesos del atajismo, de la cultura del atajismo”. ¿Qué quiere decir cultura del atajismo? Es tolerancia social al atajismo, un poquito la mano de Maradona en México, el gol. Ése es un ejemplo bonito de atajismo; entonces, como el árbitro no vio, se ganó. Guillermo Hoyos me dice que yo



saco conclusiones indebidas, atajistas, de la trayectoria posterior de Maradona; que la falta de Maradona no tiene nada que ver con su adicción posterior. Pero, para mí, un adicto es un atajista, es alguien que no tiene la paciencia de la búsqueda del placer; un *narco* es también en parte eso, una pobre víctima del atajismo; quiere conseguir el dinero rapidito. Entonces, hay un problema con la paciencia, con el tiempo, con el camino.

Es el tema de medios y fines. El Quijote decía “gocémonos con serenidad el camino”. Sancho Panza desde por la mañana era desesperado, “dónde vamos a dormir esta noche”. Pues, seguramente se necesita de ambos, se necesita una paciencia del camino. Los indígenas, por lo menos, me han dicho que lo contrario del atajo es como camino pensado o camino del pensamiento. Pero no es fácil construir un concepto polar, opuesto; a veces sería decir buen camino. Hay una canción en Puerto Rico que tiene la frasecita “no dejes el buen camino por el atajo”.

Lo otro que pasó en el 94 fue el embrioncito. Yo venía en una trayectoria supremamente anarquista, individualista, muy desconfiado de cualquier forma de organización colectiva; entonces el grupito de trabajo que se alcanzó a formar se autodenominó “ciudadanos en formación”, pero no tuvo continuidad desde el punto de vista jurídico.

Bueno, luego vino lo de la alcaldía. El primer objetivo de dos planes de desarrollo del 95 al 98 y del 2001 al 2004 se llama Cultura ciudadana. Desde el comienzo aparece como un triángulo la relación ciudadano-ciudadano, sobre todo entre ciudadanos desconocidos.

Yo exageré en la campaña del 94, algo de lo que tuve no sólo que arrepentirme, sino desdecirme. Yo dije, con las familias no me meto. Hasta en las escuelas, las familias, las fábricas, existen regulaciones culturales más o menos sensatas, la gente se trata relativamente bien. Lo que me aterraba a mí en Bogotá era el grado de desconfianza y, o, de maltrato entre desconocidos, como la insensibilidad entre desconocidos; el que cualquier mujer después de las once de la noche que camine por la calle, si uno no le echa un piropo agresivo, uno pierde su masculinidad; los demás hombres lo miran como raro, como si tuvieran dudas sobre sus preferencias, que uno las puede tener, también es legítimo; eso es reforma constitucional del 91, el país ha cambiado.

Bien, entonces el triángulo, les decía, es ciudadano-ciudadano, pero también ciudadano-Estado; la manera en que el ciudadano trata al Estado y la manera en que el Estado trata al ciudadano definen mucho la calidad de la ciudadanía.

Entonces escogimos un lenguaje que trata de no maltratar, nunca declaramos a nadie traidor de Bogotá; escogimos unas teorías y unos métodos,



tratamos de ser sensibles a las narrativas. Esto es de las cosas más misteriosas para un educador; puedes tener un grupo muy parecido al otro grupo, puedes tener la clase preparada muy parecida a la otra, los mismos materiales, los mismos ejercicios de los alumnos, pero el día de antes sucedió algo en el país o en el mundo, y lo que tú estás diciendo cambió de sentido y tu lección ya no nace, no se siembra de la misma manera que se hubiera sembrado el otro día.

Entonces, el desarme en Bogotá, bonos por armas, se hizo el cuatro de diciembre de 1996, precedido de una cosa importantísima: el ministro de Defensa dio una conferencia importantísima sobre el monopolio del uso de las fuerzas; excelente. Yo a la salida le dije, “le firmo su conferencia y le pido una cita para sacar una consecuencia de su conferencia”.

A la semana fui a pedirle desarme, suspensión de los salvoconductos para portar armas, que ya la teníamos para los fines de semana por amabilidad del ejército; pero yo le pedía a él para toda la semana, y él había oído por radio que el presidente había dicho que no. El presidente había dicho que no a otra propuesta, que era desarmar a la policía. Pues claro, en ese momento, y tal vez en este, proponer en Colombia, desarmar la policía era una locura, y con toda razón el presidente Samper dijo “el alcalde está loco”, pero fue un jueguito del teléfono roto. Al ministro le llegó la razón de que el presidente había dicho que no, y el ministro, como buen ministro, dijo “yo acato la línea de mi jefe”. Me acuerdo del arzobispo que me acompañó en esa vuelta, y yo con los ojos perplejos, escuchando los argumentos, como que el palo no estaba para cucharas. Luego hubo una rueda de prensa, y en esa rueda de prensa, me acuerdo, los periodistas tampoco podían creer lo que había pasado. Estábamos todos conmovidos, dolidos, no sabíamos para dónde coger, y como dos o tres semanas, pum, la idea de *gives for guns*, ahí en esa narrativa, en ese contexto; 20 iglesias donde la gente podía bajo secreto de confesión ir y entregar sus armas. Podía funcionar porque estábamos metidos, llamémoslo así, en una novela.

Las narrativas importan mucho en todas estas cosas pedagógicas, el sueño es que lo mismo, repetido en otro lado, produzca lo mismo, como si fabricáramos objetos. En esa operación de recontextualizar siempre hay que adaptar mucho, siempre hay que estar muy pendiente, se puede aprender mucho de una circunstancia, y aparece la otra, y cara.

Y lo otro es que cada vez más a la ciudadanía le gusta que uno le explique qué hizo, por qué lo hizo, cuánto gastó, cómo lo hubiera podido hacer distinto, y eso se llama rendición de cuentas. Y las hicimos. La que mejor nos salió fue con niños, porque con niños hicimos un video excelente sobre qué es rendir cuentas: éstas son las vueltas, ésta es la lista de las cosas que le encarga-



ron a uno, más las cosas, comparar la lista, ver si la suma cuadra, confesarse. Dijeron los niños que eso era rendir cuentas. Entonces, el mejor teórico de rendición de cuentas no hubiera podido hacer una introducción tan bonita a qué es rendir cuentas, y para rendir cuentas hay que medir; entonces, una de las cosas complejas es medir, y toda medición puede ser sesgada y parcial.

El marco conceptual, como les dijimos, pues lo habíamos construido un poco por otro lado, pero se puede representar de esta manera: imagínense una sociedad donde las reglas formales apuntan en una dirección, y parcialmente las reglas informales, tanto las reglas morales más personales como las normas sociales que caracterizan grupos, apuntan en dirección contraria. Entre éstas puede haber algo de fractura, puede haber usos y costumbres que ya la gente sabe que no son muy válidos desde el punto de vista ético, o sea que, a su conciencia le molesta un poco hacer eso, pero la gente le dice “eso se hace así, hombre, no moleste”.

Y los acuerdos. La tesis general es que, cuando no hay alineamiento entre las unas y las otras, celebrar acuerdos es muy difícil, es muy costoso, y hacer cumplir los acuerdos es costoso. Ésa es la teoría general que tiene la virtud de explicar dos cosas: problemas de convivencia y problemas de productividad. El día en que yo leí eso, en Douglass North, sentí un pequeño descanso. Luchar porque los colombianos no nos matemos y luchar porque los colombianos seamos más productivos no son dos luchas distintas; son, en gran parte, la misma lucha. El no alineamiento de estos sistemas reguladores, formales e informales, afecta la convivencia y también la productividad, ambas cosas.

Haciendo un poquito más de detalle, uno puede regularse por temor a la sanción legal o por temor a la culpa. En *Le monde diplomatique*, edición colombiana, acaban de acusarme de ser católico medieval. Espero que eso haga que las monjitas me quieran más, pero, de resto, me sentí muy raro. Fue porque recogí un texto de Estanislao Zuleta de los años 70, que tenía una frase muy sencilla que me sorprendió mucho y me marcó mucho en la vida. Zuleta decía en un comentario a *Crimen y castigo* de Dostoievsky: “Si ustedes en esta sociedad no quieren tener una sociedad abigarrada de cárceles llenísimas de presos, aguántense fuertes sentimientos de culpa”. Claro que es una simplificación tremenda, o la cárcel o la culpa; es un dilema al que yo mismo traté y trato de escapar, pero la fórmula es muy sintética diciendo que si no hay mecanismos de autocontrol que tengan alguna fuerza, pues el control externo, cuya expresión extrema es el policía, el juez, la cárcel, es lo que imperará.



Afortunadamente para mí mismo, y eso es lo que me parece curioso que el autor del artículo no me reconoce, para mí fue un alivio descubrir la tercera casilla, que también es un temor y en ese sentido es horrible, pero es el temor al qué dirán, que es distinto del temor a la culpa. Hay cantidad de cosas que a uno le pueden pasar; se le derrama la sopa en la mesa, no creo que le dé un gran sentimiento de culpa, pero sí le puede dar un buen sentimiento de vergüenza. Y realmente mi alegría empezó cuando empecé a descubrir que estas cosas tenían su otra cara más positiva.

Hoy en día pienso que prácticamente en cualquier interacción humana hay un componente más o menos implícito, a veces explícito, de evaluación mutua. A veces uno está muy paranoico y como que enfatiza demasiado esa parte, y uno dice: “Fuera de todo lo que me dijo, me echó un vainazo o me miró de una manera en que me dijo, yo de usted esperaba mucho más”. Siempre hay un pequeño componente evaluativo. Ser buen alumno, en el fondo, cuando yo recupero mi propia historia, era ser capaz de pillarse esos mensajes sutiles de los profesores, no el regaño explícito complejo, sino la pista delicada.

Entonces me alegró mucho descubrir que no sólo existe el susto al qué dirán, sino el reconocimiento social, que es una fuerza muy, muy potente, y Hegel la había reconocido. Fukuyama retomó eso actualizándolo un poco en su lenguaje, pero hay muchos otros trabajos en ciencias sociales y en filosofía que muestran la fuerza del reconocimiento.

También existe ese principio de moral provisional que Descartes se planteaba, que es: “Donde fueres haz lo que vieres”. Es como un sentido moral: “Si aquí toman el tinto a las seis de la mañana, para qué voy a insistir en tomarlo a las nueve o en tomarlo a las cuatro”.

La autogratificación de la conciencia. Esto es algo que no he logrado que ningún filósofo en el mundo me acepte. Algunos no me lo dicen tan crudamente, pero me dicen que ser moral por el placer de ser moral ya es inmoral, o sea que la moralidad es una voz austera, es una voz no muy cariñosa que te dice “debes hacer esto”, por deber, dicen ellos, no por placer. Yo, pobre hedonista en esta tierra o aprendiz de hedonista, creo que a veces es legítimo ser feliz por ser coherente con sus propios principios. De hecho, Kant tiene una frase muy linda que dice: “Si eres consecuente con tus principios, no te garantizo la felicidad”, pero, una de dos: o eres feliz, y se añadirá a la felicidad, que la merecías, o eres infeliz y tendrás el consuelo de que te merecías la felicidad. Entonces, yo, con ese pedacito de Kant, medio me protejo. Bueno, por eso el curso se llama hedonismo y pragmatismo.

Lo otro. Uno obedece a la ley, no sólo por susto a la multa o a la cárcel; uno la obedece también, a veces, porque participó en su redacción. Me imagi-



no, por ejemplo, que para Abel<sup>1</sup> muchos de los textos de la ley general de educación son textos de una fuerza tremenda, porque estuvo ahí, en la escritura. A mí me pasa con los textos de la ley de la Universidad Nacional, con el decreto ley de la Nacional. Cuando tú mismo has ayudado a legislar, es difícil decir que esto sólo se obedece a punta de castigos y de multas y de cosas de ese estilo. Uno también puede obedecer la ley porque le inculcan una especie de sentido general de que las leyes se obedecen; incluso, si no estoy de acuerdo con esa ley, tengo que obedecerla. ¿Cómo resuelvo el conflicto? Tratando de hacer modificar la ley, cultura democrática, me organizo, recojo firmas, etc. Eso es un camino a veces largo, pero los que hemos estado en esos caminos también vemos que 4, 5, 10 años pasan rápido y al final cosas que parecían imposibles de obtener en materia de cambio jurídico, se obtienen.

Yo admiro, sobre todo, en la ley, el procedimiento, hacer una ley redactada por mas de una sola mano, un texto colectivo. A veces hemos trabajado metodologías para votar los textos, pero en general los textos no se votan; los textos en su detalle se acuerdan, y después, ya en conjunto, se votan. Entonces ahí argumento va, argumento viene, consideración de consecuencias, etc. Es un proceso de diálogo muy fértil.

Y lo otro que admiro, que me parece más importante que el descubrimiento de la rueda, es el debido proceso. Porque si yo miro la humanidad hacia atrás o si yo miro hacia mí mismo, atrás, el deseo de venganza es una cosa demasiado fuerte. Entonces, que la humanidad se haya inventado la justicia, que haya separado, que haya profesionalizado, especializado, el proceso de aplicación de justicia; que la gente no esté a la puerta de la cárcel de Villavicencio esperando a que salga Garavito para lincharlo a piedra, sino que la gente pida que un fiscal lo acuse... Y ese fiscal después de acusarlo tiene que decirle: ¿usted, qué tiene para responder? Garavito mató a más de 100 niños después de violarlos; es un criminal, pero ese criminal no ha perdido la dignidad humana, por lo menos la de ser considerado interlocutor válido en la argumentación jurídica, y sólo si en ese debate resulta vencido de una manera revisable por otra entidad, lo podemos castigar.

Todos hemos visto que, a punta de tutelas, las muchachas que echaban de los colegios por embarazos, ya no las echan. Yo estuve en el Liceo Francés, donde había pasado eso cuando yo estudiaba, y esa noche, ya hace cuatro o cinco años, el mayor aplauso de la noche fue para la niña que desfiló con su

---

1. Nota del Editor: se refiere a Abel Rodríguez, actual Secretario de Educación de Bogotá, presente en el auditorio.



niñita en el brazo, lo cual obviamente no fue un aplauso al embarazo prematuro; fue un aplauso a que ella, con todo y embarazo prematuro, preservó y desarrolló su derecho a la educación. Entonces, los colegios deben combatir el embarazo precoz o el pelo descuidado, de pronto, pero no pueden llevar esa pelea hasta el punto de suprimirle a la persona el derecho de educarse. Me perdonan por compartir lecciones tan elementales, pero me parece admirable.

A estas alturas hago una pregunta que 20, 30, 50 personas del auditorio me habrán escuchado antes. Es para mí inevitable. ¿Cuál de los siguientes seis factores, cada uno de los presentes obedece más? Digamos que uno puede tener una cierta percepción de que varios de ellos actúan, pero si tuvieran que escoger uno, el que más los gobierna, ¿cuál escogerían? ¿Listos? Yo voy pasando y ustedes levantan la mano una sola vez en la ronda.

*¿Quiénes se sienten gobernados sobre todo por admiración por la ley o por una obligación moral general de obedecer las leyes en general?*

Interesante, el cuatro o seis por ciento de los presentes, pero no es cero.

*¿Quiénes obedecen sobre todo por el temor a la sanción legal, a la multa, a la cárcel?*

¡Que bien! también ha mejorado. En Colombia hace dos, tres años, tocaba irse a cursos de niños de nueve o diez años para que levantaran la mano. O si no, tocaba viajar a Washington, y en Washington los colombianos, recuerdo, decían: ¿aquí, o en Colombia?

*¿Quiénes se sienten guiados, sobre todo, por la autogratificación de su conciencia?*

Es un 80% aproximadamente.

*¿Quiénes se sienten gobernados, sobre todo, por temor a la culpa?*

Menos del 1%.

*¿Quiénes se sienten gobernados, sobre todo, por el reconocimiento social, o como lealtad a las normas sociales, a las normas de grupo?*

Bueno, hay de nuevo cinco, siete personas; muy difícil estimarlo así. Una anotación: en comunidades indígenas, por razones bastante obvias, este punto es mucho más alto.

*¿Quiénes se sienten gobernados, sobre todo, por temor al rechazo social?*

¡Uno! Ése va a parecer que es cómplice.

Ahora, creo que vale la pena preguntarse, a qué obedecen más los ciudadanos con los que trabajamos, los jóvenes; qué los gobierna más. Estamos en una sociedad donde no sabemos cuán igual, o cuán parecida a nosotros es la gente. Entonces invito a responder esta pregunta, referido al común y corriente.

*¿Quiénes sienten que la gente común y corriente se guía, sobre todo, por las buenas, por el sentido del deber, por admiración por la ley?*



Como tres, cuatro manos.

*¿Quiénes sienten que el ciudadano común y corriente se gobierna, sobre todo, por temor a las multas y a la cárcel?*

Ahí tenemos una selva de manos, por ahí el 75% de los asistentes.

*¿Quiénes sienten que el ciudadano se gobierna, sobre todo, por su conciencia, por las buenas, por placer o por el sentido del deber?*

Unas 20 manos, máximo, por ahí un 1% del auditorio.

*¿Quiénes sienten que el ciudadano se gobierna por temor a la culpa?*

Ahí hay una mano.

*¿Quiénes sienten que el ciudadano se gobierna por reconocimiento social?*

Unas 30 manos.

*¿Por temor al rechazo social?*

Ahí aumentaron un poco, como 40.

Todos los factores, tanto para nosotros como para los demás, fueron importantes, y ésta es la conclusión esencial. Ahora voy a hacer un comentario que no nos distraiga de la conclusión importante. La conclusión importante es que los seis mecanismos son cruciales; funcionan seguramente como un sistema de relevos, de respaldos mutuos, pero de todos modos no puedo abstenerme de hacer el siguiente comentario. He formulado esta pregunta muchísimas veces en auditorio de estratos distintos, de nivel educativo distinto, de origen geográfico distinto. Es asombroso, aun en la Cárcel Modelo con 120 presos, el siguiente hecho: Respecto a qué me guía más: la conciencia; qué guía más a los demás: la ley; cómo entiendo yo mejor: por las buenas; cómo entienden mejor los demás; por las malas.

Omití un comentario que hubiera podido hacer en el camino, cuando ustedes me responden tan masivamente. Kant se sentiría feliz. Estamos ante un grupo de mayores de edad, y en Colombia, en general, la gente se siente mayor de edad, pero imagínense la complejidad de la situación de un mayor de edad que cree que está rodeado de menores de edad, las contradicciones en las que se ve uno metido si honradamente se siente de los pocos menores de edad que hay en kilómetros a la redonda.

Volvamos ahora a la teoría. Yo no creo que la humanidad pueda renunciar a estos sistemas, y entonces la clave es fortalecerlos y sobre todo armonizarlos. Yo empecé a utilizar este tipo de esquema para entender la corrupción, para entender la violencia, para entender cómo diablos se producían colectivamente comportamientos ilegales. Entonces yo decía que si no tuviera uno algún respaldo de su conciencia y, sobre todo, algún respaldo grupal, no funcionaría.

Y cuando leí *No nacimos para semilla*, sobre la formación de los sicarios en Medellín, para mí fue la prueba contundente. Que un sicario aparezca solo



es de una probabilidad bajísima, pero una vez que hay un grupo de sicarios iniciando a otros jóvenes como sicarios, ahí sí la maquinita funciona, ahí sí esa identidad se reproduce, porque el grupo de sicarios le ofrece una regulación social, unos ritos de iniciación, etc., que van en contravía y logran neutralizar la fuerza de la moralidad inculcada previamente en ellos, y logran neutralizar la fuerza de la ley, ya sea por admiración, ya sea por temor.

Desde antes había mencionado lo clave que son los acuerdos. Douglass North se ganó el premio Nobel de economía en el 93, con los trabajos de historia de la economía que mostraban que donde estas reglas no están alineadas el progreso económico va desarrollándose mucho más lentamente, y donde estas reglas formales e informales están alineadas es más rápido el progreso económico, más rápido el desarrollo. ¿Por qué? La explicación es bellísima: es porque, en las primeras, celebrar acuerdos es más difícil y cumplir acuerdos, difícilísimo, y es costosísimo. Típicamente hay más abogados por 100.000 habitantes, hay más pleitos, hay más roces. Y donde las reglas morales personales y las normas culturales están en consonancia, están en la misma onda que las normas legales, hacer acuerdos y cumplir acuerdos es fácil.

Douglass North acuñó con otros investigadores de economía institucional la idea de costos de transacción. Entonces, la cultura ciudadana es tan pretenciosa como programa que quiere ayudarle a la sociedad a reducir costos de transacción y hacer una sociedad más competitiva, más productiva. Tiene esas dos caras: donde es más fácil celebrar acuerdos, donde las reglas formales y las informales están ajustadas, la tasa de homicidios será más baja, pero son ambas cosas, productividad y convivencia.

¿Qué es el atajismo? ¿Cómo describir académicamente o intentar describir el atajismo? Gente que toma atajos siempre ha habido y probablemente siempre habrá alguien que se salta la fila. Lo grave es cuando saltarse la fila es el *modus operandi*, lo legítimo, lo aceptado. Cuando no hay ningún repudio social a quien se salta la fila, ahí estamos ante lo que llamamos atajismo.

Otra característica es que prima el afán de obtener resultados. Las consecuencias futuras no cuentan, o se tienen en cuenta, pero se achican; se descuentan con lo que los economistas llaman una alta tasa de descuento. Si yo sé que mi decisión de subir las pensiones hoy no tiene un efecto inmediato, que tiene un efecto enorme a 20 años, pero de aquí a 20 años pasa mucha agua bajo el río, entonces una alta tasa de descuento hace que eso parezca pequeño; entonces, como administrador público digo: “está bien, pongamos las pensiones disparadas que eso los primeros años no se va a sentir”. Esto es grave; la subestimación del efecto para generaciones futuras es grave.



Donde se ve esto más es en el discurso ambiental, o más bien, donde se ve la lucha antiatajista más fuerte, es en lo ambiental. Cada vez más los grupos ambientales dicen: “Usted no me puede decir que lo que pase en dos o tres generaciones no importa”. Desde ya tenemos que ser solidarios con la generación de nuestros hijos, nuestros nietos, nuestros biznietos, y cantidad de decisiones que parecen tener impacto manejable, pequeño, tomadas desde ya sin adoptar simultáneamente decisiones de restauración y mitigación, van a producir un mundo desastroso para ellos; entonces, la solidaridad entre generaciones se destaca ahí.

Hay otro caso que también es terrible: si se quema una discoteca en el centro de Bogotá y mueren 500 personas, los que estamos aquí sentimos dolor y solidaridad, deber de ayudar, de salir a expresar nuestro dolor. Pero si esa misma discoteca se incendia en Medellín, ya nos duele un poquito menos, y si se incendia en México, nos duele menos. Si se incendia en Bombay, pues será una noticia, y algunos, por el momentito en que la oímos, sentiremos el escalofrío de que pasó algo grave, pero nuestra disposición a movilizarnos a ayudar, a expresar nuestros sentimientos, será mucho menor.

La curva de cada uno de nosotros en solidaridad, es horriblemente sinuosa, como que contradice terriblemente muchas de nuestras filosofías explícitas. Nuestro familismo es enorme; la frase que uno de vez en cuando oye en Colombia: “Yo por mi familia, lo que toque, lo que sea”, revela que el amor a la familia es bello, pero es algo muy duro en el contexto del educador. Si uno tuviera un botoncito para bajarlo un poquito en muchos casos, no en todos... Yo sé que esto es anatema, esto es mencionar la cuerda en la casa del ahorcado, pero el familismo tiene ciertos efectos. Por ejemplo, el sur de Italia tiene menos desarrollo que el norte por exceso de familismo; porque si con quien debo ser solidario en la vida es con mi familia, eso se expresa en papás que defienden el comportamiento de los hijos sin averiguar nada. Ustedes habrán vivido que llega un papá furioso, “mi hijo no ha hecho nada malo”. No entran a preguntar sino a defender. Entonces, esa excesiva solidaridad ahí y una bajita solidaridad con los otros son parte del atajismo.

Como consecuencia de las dos tasas de descuento altas, el repertorio de métodos y de medios a emplear se amplía, introduciendo, validando medios irracionalmente costosos o ilícitos. A algunos de los aquí presentes les habrá pasado que alguien, en un taller de esos bien malitos de carretera, les hace un puente en el carro, “no, yo se lo pongo a funcionar”, y al llegar a Bogotá tienen que comprar el generador, la batería, etc. “Te lo hizo andar”, ése es un atajo legal, pero perdiste mucho por sacar un resultado a corto plazo; te hubiera salido más económico demorarte un poco, contratar una grúa, etc. En-



tonces, hay atajismos zanahorios, y funcionan como disculpa, “mira, esto ya lo he hecho”, “tú también ya lo has hecho”, “esto es común”, “esto es norma”, etc.

Manifestación del atajismo: carro sobre andén. Cuando los abuelos o bisabuelos iban de compras, al lado de la tienda había unos fierritos para amarrar el burro; cuando llegaron los carros, mucha gente quiso seguir comprando casi sin bajarse del carro. Otra variante del atajismo es cruzar las calles de cualquier manera, lo que es atajismo literal con el cuerpo. La venta ambulante es atajismo, es en varios sentidos atajismo: para el que compra, para el que vende, para la misma ciudad en su política económica; pues sí, puede que signifique un cierto alivio, pero es atajismo.

Lo especial del concepto de atajo es que una vez que alguien lo toma sin que haya reacción social censuradora, entonces, se vuelve camino de muchos. Mezcla la idea de la ventaja con la idea de la costumbre, es como un ventajismo con ventaja.

El soborno en trámites públicos es típico atajismo, la mordida mexicana es atajismo, la oferta de gabelas o de extorsión entre poderes públicos a cambio de cooperación, “no te dejo pasar el proyecto si no me haces tal cosa”, el famoso “hagámonos pasito”. Es vulgarísima la versión brasileña del hagámonos pasito, pero deja una historia completamente distinta en Colombia. Ustedes conocen el cuento del odontólogo. Alguien va donde un odontólogo y el odontólogo, ¡nam!, le hunde la fresa a fondo. Entonces el paciente ni corto ni perezoso, estira la mano y agarra al odontólogo de sus partes más delicadas y le dice “hagámonos pasito”. Al principio uno se ríe, es un equilibrio, “usted me puede fregar y yo lo puedo fregar”, estamos de algún modo entre iguales.

La versión brasileña es distinta, espero que no me censuren por contarla. Aguarden escojo mis palabras...

Un señor sodomiza a un perro; el perro en cierto momento se angustia y contrae su esfínter. El señor le suplica “Suélteme, afloje, quiero salirme”. El perro le contesta “¿Sí, para que me acabe de clavar?”. Y entonces quedan inmovilizados. En la versión colombiana no se ve la tragedia del odontólogo y el paciente condenados a ser pareja mutuamente destructiva; en la versión brasileña es clarísimo que una sociedad de mutuos chantajes genera inmovilidades, quedamos atrapados en la trampa en la que creíamos meter al otro, es una trampa para los dos.

Entonces, extorsión entre poderes, prácticas corruptas en contratación, empresas privadas que al competir incurren en comportamientos desleales, amenazas y sobornos contra la justicia, corrupción de la prensa a veces, y violencia, pues la violencia es el atajo de los atajos. Y, obviamente, muchas de



estas discusiones. Hay gente que me dice, “dejemos esto para arriba y trabajemos sólo esto”, y es difícil porque gran parte de la violencia viene de cosas que están aquí arriba.

¿Cuál es la tragedia del narcotraficante? Que si un colega no le cumple, pues no puede ir a la Cámara de Comercio o ante el juez a presentar un reclamo. Aparece la justicia privada, que es supremamente sangrienta. El debido proceso que les expliqué hace un rato ahí, no funciona.

Algunas consecuencias del atajismo, podemos verlas muy rápidamente: ilegitimidad, lentitud en el desarrollo, subutilización del conocimiento de la discusión racional, ineficiencia.

En un estudio sobre jóvenes detectamos algo muy parecido al atajismo; de hecho dudamos si lo llamábamos anomia o atajismo. Anomia es un concepto que Merton, un sociólogo, utilizó después de Durkheim para describir una situación que parecía paradójica, como que la sociedad puede provocar comportamientos antisociales. ¿Cómo así que la sociedad, a la que le hace tanto daño el comportamiento antisocial, lo promueve? El esquema de Merton es sencillísimo: la sociedad te puede inculcar fines, progreso individual, progreso familiar, mejoramiento educativo, cosas bellas, fines nobles, nobilísimos, pero la estructura de oportunidades puede ser insuficiente para lograr todos esos fines. Entonces la propia sociedad te pone bajo la presión, puedes ser conformista y decir: “Yo hubiera querido ser esto, pero en la vida me tocó esto, pero bueno, me aguanto”. Es una solución, buena parte de la población se aguanta eso. Otra parte de la población se retrae, dice, yo no lo acepto. Me inculcaron los valores de progreso, familiar, personal, tan fuertemente, que estoy dispuesto a hacer cualquier cosa para lograr eso. Entonces, por la vía de la innovación, llama Merton, se rompe el tabique sobre los medios, y la gente utiliza medios que en otra generación no hubiera utilizado. Lo más grave no es que alguna gente utilice medios ilícitos para lograr fines lícitos; es que empieza a cundir, como explicación, “hombre mire, todos tenemos derecho a educar a nuestros hijos en buenas universidades”.

Yo he entrevistado a atracadores y a corruptos, y en el 90% de los casos su mayor orgullo en la vida es su familia; cuando me hablan de sus hijos, me toca reconocer que ellos quieren más a sus hijos que yo a los míos, y me da una envidia de la buena en ese pedazo. Pero, obviamente, el argumento debe ser algo como: “Me gustaría que todos los papás quisieran a sus hijos como usted a los suyos, pero si todos los papás hiciéramos lo que usted hace por los suyos, derrumbaríamos el país en seis días. Digamos que manejar esa tensión entre fines y medios es una idea central.



El objetivo del programa de cultura ciudadana es aumentar el cumplimiento voluntario de normas, aumentar la capacidad de celebrar y cumplir acuerdos, aumentar la comunicación y la solidaridad entre los ciudadanos, y esto es una formulación de la regulación cultural lo menos dependiente posible de cargas teóricas de ciencias sociales. Olvidémonos de Merton y de toda esta gente, ayudémonos a ser consecuentes. Usted quiere ser cumplido, yo quiero ser cumplido; si me ve llegar un poco tarde, modéleme; si me va a agarrar a decirme: “usted es un incumplido”, puede que produzca cierto efecto pedagógico, pero si usted es más sutil, probablemente me ayudará más. La mutua regulación amable y consciente, por eso, se llamó cultura ciudadana y por eso se distinguió de otros procesos latinoamericanos.

Latinoamérica ha hecho muchas cosas, vía concientización, pero vía concientización no puede terminar con una cruz enorme sobre sus hombros, y decir, “yo no aguanto esto”. Lo digo personalmente, yo ya tengo tan claros tantos diferenciales entre mi comportamiento y mi ideal, que me cuesta a veces trabajo levantarme, y me toca casi artificialmente conseguir alguna voz que me diga “hombre, tampoco vamos tan mal, no nos agobiamos”. Entonces, en vez de cargar la cruz cada cual para mejorar su comportamiento, que sea “yo quiero este semestre dejar de comer galguerías, entonces ayúdeme”. ¿Cómo? Pues no comprando galguerías, no ofreciéndome galguerías, recordándome una que otra idea sobre cómo fulano dejó de comer galguerías, etc.

Yo peleo, sistemáticamente, contra el malpensar. Ayer llegué a la casa, salí de acá, me esculqué los bolsillos y no tenía las llaves. ¿Qué fue lo primero que dije? “Alguien en medio de los abrazos me sacó las llaves”. Al rato dije, “qué vergüenza, esa gente me quiere un montón y yo sospechando de ella”. Entonces, es tener las cosas claras en la cabeza; todavía no hay que bajarlas a los músculos y al corazón. La formulación es mutua ayuda para actuar según la propia conciencia en armonía con la ley; regulación social amable y consciente.

La definición que más se ha citado de cultura ciudadana es esta: *“el conjunto de costumbres, acciones y reglas mínimas compartidas que generan sentido de pertenencia, facilitan la convivencia urbana y conducen al respeto del patrimonio común y al reconocimiento de los derechos y deberes ciudadanos”*. Fíjense que la idea que viene desde la filosofía del derecho está ahí, pero está muy al final. El ser ciudadano es ser sujeto de derechos y deberes, pero no arrancamos por ahí; arrancamos por el tema de que somos seres culturales, que estamos atrapados en costumbres y que hay cantidad de rutinas; cantidad de interacciones, que no son muy reflexivas, están ahí en el repertorio y salen cuando se da la oportunidad.



Quisiera resumir el análisis que ha hecho Francisco Gutiérrez, un colega de la Universidad Nacional, que dice que las teorías de Antanas sobre ley moral y cultura son totalmente obsoletas, pero que he sido tan de buenas que he podido impulsar algunas acciones que funcionan. Y él dice: “Yo les voy a explicar por qué lo de Antanas funciona. No es por lo que él dice, sino por otras vainas; él ha trabajado el concepto de acción colectiva”. En una acción colectiva se busca proveer un bien público, por ejemplo, lograr que el aire de la ciudad sea más puro o lograr que haya más seguridad en la ciudad. Eso es típicamente un bien que es muy difícil de proporcionarlo a alguien particularmente; algo de seguridad privada hay, pero el país mismo ha visto que ese modelo fracasa, o sea que garantizarle la seguridad a unos pocos no es la solución.

Lo mismo sucede con el medio ambiente. Este esquema dice que este es uno de varios posibles cursos de la acción colectiva:  $N$  es el número de personas que colaboran; en una acción colectiva se necesita que colaboren muchos, normalmente miles, decenas de miles o centenares de miles para que se obtenga un resultado que es bueno para todos, y el problema de la acción colectiva es que hay una tentación enorme de hacer un razonamiento: “Huy, mi aporte es tan pequeño, que yo para qué contribuyo”, y el segundo es mi óptimo microeconómico: “que todos los demás ayuden y yo no ayudo, yo voy ahí de gorrón”, “ojala Fecode saque adelante toda su reivindicación”, etc. Con esto estoy diciendo que el tema de la acción colectiva es el tema de las herramientas, también de las confrontaciones, de las luchas sindicales, de las luchas gremiales, de las luchas también a veces entre naciones, es un concepto potente.

Al puro comienzo, supongamos que esto va creciendo con el tiempo; al puro comienzo los costos de la acción colectiva son de lejos mayores que los beneficios, puede haber incluso cero beneficios. Si ustedes se deciden a volver una ciudad limpia y cada uno deja de tirar papelitos en la ciudad, pues muchos ya no lo hacen; pero supongamos que lo estuvieran haciendo, de todos modos. Si es el 5% o el 10% de la ciudad, no se va a notar casi. En cambio, si van a estar haciendo el esfuerzo de ir hasta la canequita, entonces hay gente que por altruismo hace eso.

Una líder de bachillerato aquí en Bogotá echaba este cuentito en toda intervención: Se incendió la selva, todos los animales huyen y un pajarito pequeñísimo huye un poco, se devuelve, coge agua y echa una gotica encima de una hoja, y vuelve y huye. Entonces un animal grande le pregunta qué hace. El pajarito dice: “Pues yo cumplo con mi deber”. Absolutamente insensible a que la selva sigue quemándose, a que ninguno de los otros animales ha



entendido un carajo, ese animalito dice “yo hago mi pedacito”, el razonamiento que hay detrás es: si todo el mundo hiciera ese pedacito, el incendio estaría apagado.

Entonces, la cosa depende de los que se llaman cooperadores incondicionales, y son cooperadores esos que dicen: “¡Uy!, ya el 20% de la gente empezó a clasificar basuras, yo no me voy a quedar por debajo de eso”. Entonces se meten. Hay gente que dice “si los demás lo hacen”, hay gente que dice “si todo el mundo aporta en la vaca”. Sacan la billetera y también ponen.

La gente tiene umbrales distintos para pegarse a la bola de nieve, pues también depende de lo valioso de la cosa. Cualquiera de los presentes entiende que algunas acciones colectivas no son óptimas con todo el mundo haciéndolas. Un ejemplo, muy simpático, es que si usted hace una fiesta en su casa y se queda todo el grupo a ayudarle a arreglar el apartamento, pues arman otra fiesta.

Tres o cuatro ejemplos. ¿Se acuerdan ustedes de que durante dos semanas hubo crímenes contra taxistas y de taxistas contra ciudadanos, y se generó una mutua prevención terrible entre taxistas y ciudadanos? Cada uno veía al otro como un potencial asesino, y el equipo de cultura ciudadana hizo algo muy ingenioso; les pidió a los empleados del distrito más cercanos: “Cuando ustedes tomen taxi, y si el taxista da las vueltas completas, saluda y los lleva a donde ustedes quieren, si cumple esas tres características, pídanle el nombre y el teléfono.

A las dos semanas teníamos 150 taxistas de esos reunidos. Si había sido tan fácil encontrar 150 en dos semanas, con un grupito de apoyo tan pequeño, en la ciudad habría cinco mil o seis mil, de los sesenta mil. Entonces esa reunión nos cambió a los que participamos en ella el imaginario de cómo es el taxista. Mientras se estaba construyendo por allá un imaginario del taxista asesino, nosotros teníamos acá gente que nos hacía sentir moralmente pequeños ante ellos.

Entonces los declaramos caballeros de la cebrá. Ahí apareció el elemento medieval. “Ustedes son caballeros de la cebrá; lleven cada uno una calcomanía, lleven once calcomanías, una la ponen en su carro y las otras diez se las dan a colegas de ustedes que ustedes sientan que son parecidos a ustedes, que cumplan esas tres normas”. A las tres semanas teníamos 1.500 caballeros de la cebrá. Entonces hicimos reuniones con ellos, reuniones mixtas, las primeras con ellos para decir qué talleres, qué actividades pueden ayudar a mejorar a los otros, y “ayúdenos ustedes participando en esto, sean como tutores o monitores del proceso de formación”. Un año después, de los 60.000 taxistas de Bogotá, 40.000 eran caballeros de la cebrá. Puede que se hayan colado algunos no cien por ciento caballeros.



Hubo un diciembre en que medimos. Les hacíamos monitoreo a esos tres comportamientos. En un diciembre les dijimos a los taxistas que la prima temporal de navidad, un sobreprecio que dura sólo como diez días, no la iban a tener si no mejoraban el puntaje. Habíamos convenido eso y no mejoraron. Luego hubo una reacción estilo colegio, estilo universidad, “por favor una habilitación”. Y hubo una semana fabulosa. Pero claro, ésa no fue tan buena, porque fue presionadita, fue como un poquito con el esquema de sanción, riesgo, etc.

Otro, con el ahorro de agua. La tradición era que ante emergencias, el alcalde corta el agua. Yo dije: “No voy a cortar el agua; ahorremos, es mucho más racional”. La primera semana el consumo subió 2% y yo iba a regañar a la gente. El estudio que afortunadamente el grupo de cultura ciudadana hizo antes de que yo saliera a regañar a la gente mostraba que la gente quería ahorrar agua, que la gente estaba haciendo todo lo que les decíamos. Nuestras instrucciones eran demasiado limitadas: no regar jardines, no lavar carros. Fue muy impactante, cuando le preguntamos a la gente: ¿Por qué cree que se consumió más agua?”. Muchos dijeron: “Por si acaso, guardamos agua”.

Averiguando bien, hasta en la casa del gerente del acueducto y en la casa del gerente de cultura ciudadana, por si acaso, habían guardado agua. O sea que no nos habían creído ni siquiera en la casa. Entonces tocó seguir luchando y decir “no importa, vamos a corregir eso”. Yo llevaba 30 minutos pensando en cómo ahorrar agua, ponerle al *shampoo* un letrero, “funciono mejor si cierras la llave mientras me aplicas”; lo del teléfono, la voz que decía “gracias por ahorrar agua”, cuando uno tomaba el teléfono. ¿Saben dónde estaba? Debajo del agua, y mi esposa afortunadamente llegó y me golpeó y me dijo tres palabras: “Antanas, el agua”. Ésa era la escena de las dos aguas: yo estaba instalado en el agua en abstracto y luchando honradamente por ahorrar agua abstracta, pero estaba desperdiciando agua en concreto. Fue un ejemplo, para mi, clave, de mutua ayuda.

Resumo otro. Repartimos 350.000 tarjetas; hoy en día la gente no usa la tarjeta, pero a veces usa el dedo. Un día entre alcaldía y alcaldía, yo creo que un solo día manejé sin cinturón de seguridad, y en una cebrá, un taxista me hizo la seña con el pulgar hacia abajo. Yo pensé que el tipo me estaba rajando en todo. Tal vez me vio la cara de preocupación, me mostró el cinturón. Entonces yo hice el gesto de vergüenza, me puse la cinta y con algo de temor volteé a mirarlo. Esa interacción educativa es como el meollo. En síntesis, lo que quiero decir es que las ciudades pueden ayudar a formar ciudadanos, los ciudadanos en Bogotá pagaban doscientos millones de dólares de impuestos en 1991, y el año pasado pagaron setecientos cincuenta.



Y algunos resultados en protección a la vida, y termino con eso. Los muertos en accidentes de tránsito en Bogotá, del 92 al 96, siempre estuvieron por encima de 1.200. Una de nuestras consignas fue “la vida es sagrada”, y fuimos reduciendo. Cambiamos la policía de tránsito, utilizamos los mimos, las cebras, la ley zanahoria, la regulación sobre la hora hasta la cual se vende alcohol, mejor atención prehospitolaria y las estrellas dibujadas en las calles, en cada sitio donde un peatón ha fallecido. Hay que comparar esto con la tasa de homicidios de Colombia.

En Colombia estuvimos en veinte por cien mil, que es el nivel latinoamericano. No hay ningún argumento para decir que los colombianos somos intrínsecamente, naturalmente o culturalmente a largo plazo más violentos. Nuestra violencia se creció en los finales de los 70 y, sobre todo, en los 80, básicamente por narcotráfico. Ya les expliqué en mi teoría de imposibilidad de hacer justicia decente en el interior de ese negocio. Bogotá siempre ha sido mucho más pacífica que el país, menos en el año 93; en el 93 tuvimos 80 homicidios por 100.000, y mi mayor orgullo en la vida es haber participado en cinco y pico de estos 10 años en esta labor, de reducir, reducir y reducir homicidios. Obviamente, 23 por 100.000, sigue siendo terrible, aun frente a nuestro propio récord histórico; nosotros tuvimos 15 años en 10 por 100.000, y tuvimos cuatro años en cuatro o cinco por 100.000.

Esto es sobre medición en anomia. Ciudadanos para los cuales se justifica desobedecer la ley cuando es la única manera de lograr los objetivos, en el 2001, 24%, en el 2003, 17%. Ciudadanos para los cuales se justifica desobedecer la ley cuando hay gran provecho económico, bajó del 12% al 7.5%. Ciudadanos para los cuales se justifica desobedecer la ley cuando es lo acostumbrado, bajó del 9% a seis y pico. Y esta que me impresiona mucho, yo la miro como “no puede ser”, ciudadanos partidarios de portar armas para proteger su vida, bajó de 25% a 10%. Entonces, en síntesis sí se puede construir Estado de derecho. Mil disculpas con mi sucesora en el uso de la palabra. Y a ustedes gracias.

